



Una aldea en el camino de Karia-el-Abbasi

KARIA-EL-ABBASSI

LEVANTADO el campamento, pusímonos en marcha en el orden acostumbrado, y entre los gritos y las descargas de los doscientos jinetes de Ben-Auda, llegamos, después de dos horas, á un pequeño arroyo que señala los confines de la comarca de Seffian.

En el instante en que el porta-estandarte se volvía para decir: — He ahí el río, — de detrás de un ribazo, situado en la opuesta orilla, surgió de improviso una muchedumbre de jinetes, de entre los cuales llamónos desde luego la atención la figura apuesta y simpática del gobernador.

Era su nombre Bu-Bekr-ben-el-Abbasi, el cual regía la provincia que se extiende entre la de Seffian y el río Sebú.

La escolta de Ben-Auda volvió grupas; la embajada vadeó el río, y nos encontramos en medio de la nueva hueste.

Bu-Bekr-ben-el-Abbassi estrechó afectuosamente la mano al embajador, dirigió un amistoso saludo á su antiguo con-



El gobernador Bu-Bekr-ben-el-Abbassi

discípulo Ducali, y dió la bienvenida á todos los demás con un ademán no menos majestuoso que agradable.

Después de esto pusímonos de nuevo en marcha.

Durante largo espacio permanecimos con la mirada puesta en aquel hombre. Era verdaderamente el gobernador más simpático que hasta entonces habíamos visto. De mediana estatura, delicadas formas y moreno, era su mirada al par dulce y penetrante; su nariz aguileña; su barba negra y

poblada, y al sonreír ponía de manifiesto dos hileras de dientes irreprochables. Su cuerpo se diseñaba envuelto en una capa fina y blanca como el ampo de la nieve, cuyo capuz llevaba echado sobre el turbante, y oprimía el lomo de un soberbio caballo negro aparejado de azul celeste. Debía ser un hombre generoso, amado y feliz. No sé si fué ilusión de la mente; mas parecióme que el aspecto de los doscientos jinetes de Karia-el-Abbassi reflejaba vagamente la gentileza del gobernador. Parecíame estar viendo rostros francos y expresivos, como de gentes que hacía largos años disfrutaban la gracia especial y milagrosa de un gobierno recto y suave. Y esta apariencia y las cabañas que abundaban ya más en aquel país, y el tiempo sereno, que hacía más delicioso una brisa fresca y embalsamada, hiciéronme concebir la ilusión de que la provincia que pisábamos, era un oasis de prosperidad y de paz en medio del mismo imperio scherifiano.

Atravesamos una aldea formada de dos hileras de tiendas hechas de pieles de camello cerradas con cañas y faginas: cada tienda tenía su correspondiente huertecillo ceñido por un seto de chumberas. Más allá de las tiendas pacían tranquilamente algunas vacas y caballos: delante de ellas y sobre el camino que llevábamos, distinguíase algún grupo de muchachuelos semidesnudos que habían salido para vernos al paso: las mujeres y los hombres, cubiertos de andrajos, nos contemplaban ocultos detrás de los cercados. Ninguno nos amenazó con el puño; ninguno nos maldijo. En cuanto nos hallamos fuera de la aldea, salieron todos de sus cabañas, y entonces vimos una muchedumbre compuesta de algunos centenares de mendigos negros, pálidos, atónitos, que nos produjo el efecto de una población que hubiese resucitado

del campo santo. Algunos nos siguieron corriendo durante largo espacio; otros desaparecieron al cabo de breves instantes detrás de una desigualdad del terreno.

La disposición del país que atravesábamos daba lugar á una prodigiosa variedad de admirables efectos pictóricos producidos por la caravana y la escolta. Constituían aquél una continua sucesión de valles paralelos, profundos, formados por grandes ondulaciones del terreno, todos llenos de flores, de suerte que parecían extensos jardines. Pasando de uno á otro valle, perdíase de vista la escolta durante un breve espacio, al cabo del cual veíanse despuntar sobre la eminencia, en pos de nosotros, en primer lugar las puntas de todas las espingardas; después los feces y los turbantes; después los rostros, y paulatinamente los jinetes y los caballos, del mismo modo que si brotaran del seno de la tierra. Llegados á la parte más elevada y convirtiendo hacia atrás las miradas, veíamos descender al valle aquellos doscientos caballos al través de nubes de humo y en medio del rumor de las descargas que retumbaban en el aire repetidas por los ecos, y por último, coronando todas las alturas que dejáramos atrás, mulos, caballos, siervos, soldados, que asomaban un momento sobre la eminencia, y desaparecían instantáneamente, cual si se precipitaran á un barranco. Vista la caravana al través de todos aquellos vallecillos, parecía interminable, y presentaba el grandioso aspecto de un ejército expedicionario ó de un pueblo emigrante.

Al cabo llegamos á una aldea, llamada Karia-el-Abbassi, formada de la casa del gobernador, y de un grupo de cabañas y casucas sombreadas de chumberas y olivos silvestres.

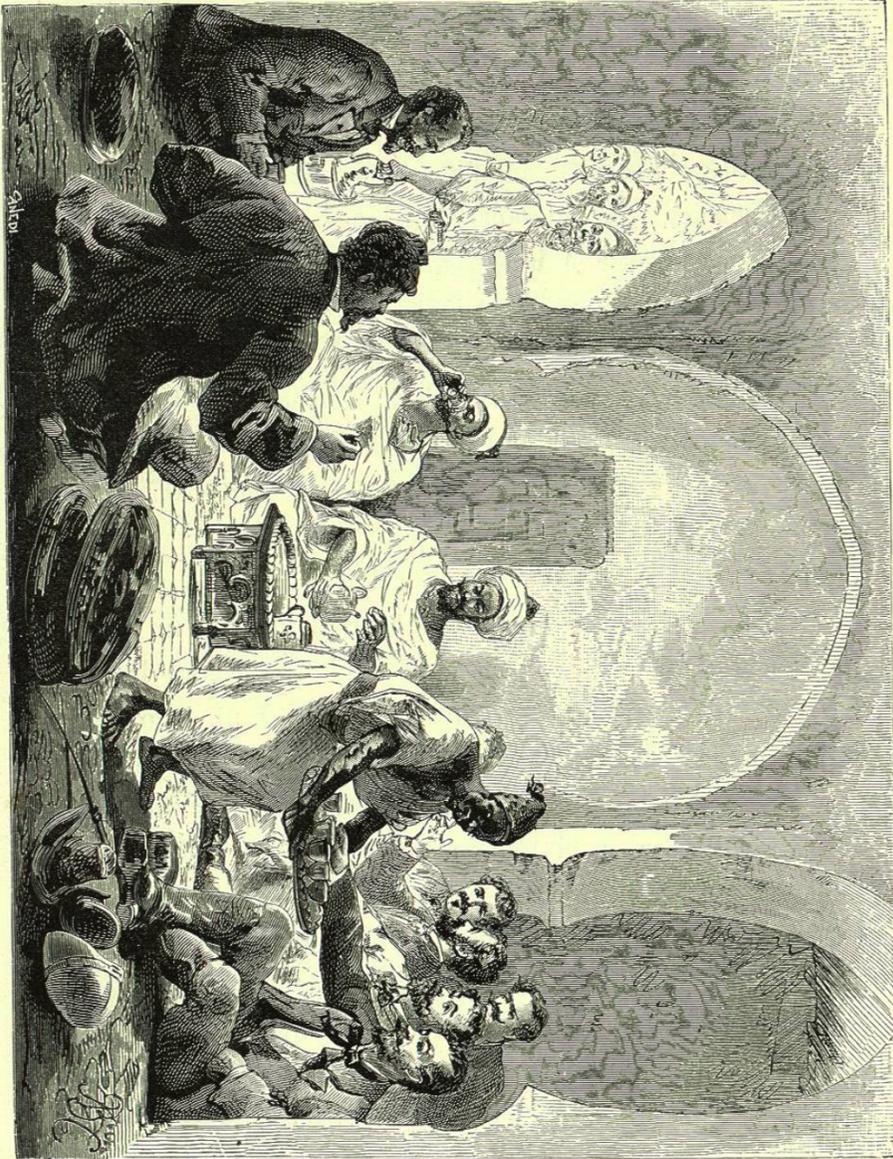
El gobernador nos ofreció su casa rogándonos que la

honráramos descansando en ella, y habiendo aceptado, la caravana siguió adelante hacia el punto en que debía acampar aquella noche.

Atravesamos dos ó tres patiecillos cerrados entre cuatro paredes desnudas, y penetramos en un jardín al cual abría la puerta principal de la casa de Ben-el-Abbassi: una casita blanca, desprovista de ventanas, silenciosa como un convento. El gobernador había desaparecido. Algunos esclavos mulatos nos hicieron pasar á una pequeña habitación á piso llano, blanca también, sin más abertura que la puerta principal y una puertecilla situada en uno de los ángulos. Había en ella dos alcobas, tres colchones blancos, extendidos sobre el pavimento de mosaico, y algún almohadón bordado. Era aquella la vez primera que descansábamos bajo techado desde nuestra partida de Tánger. Tendímonos, pues, voluptuosamente, aguardando con viva ansiedad la continuación del espectáculo.

Presentóse de nuevo el gobernador envuelto en un albornoz no menos blanco que su capa, que desde el turbante le bajaba hasta los pies. Dejó las amarillas babuchas á un lado, y desnudo de pies sentóse en uno de los colchones entre Ducali y el embajador. Los esclavos nos sirvieron vasos de leche y platos de dulces, y el mismo Ben-el-Abbassi preparó el té, llenando con él bellísimas tazas de porcelana japonesa, que su criado favorito, joven mulato de expresivo semblante, llevó una á una á los presentes. Es imposible encarecer la gracia y la dignidad que en su aspecto y ademanes ofrecía aquel gobernador de algunos miles de árabes, que vivían en tiendas, probablemente ignorantísimo, que en toda su vida acaso no había tratado con cincuenta personas civilizadas; pero ello es que puesto en el más aristocrático salón europeo, nadie habría podido dirigir el menor reproche al más insignificante

de sus movimientos. Era pulido, lindo, bien oliente como una odalisca recién salida del baño. Á cada uno de sus movimientos



En casa del gobernador de Karia-el-Abbassi

agitándose el albornoz, dejaba al descubierto, aquí un poco de color de rosa, allí un poco de azul, más allá un pequeño espacio

naranjado, todos los pomposos colorines del escondido vestido, de tal manera que daban ganas de arrancarle el velo para contemplar las maravillas que tuviese debajo, como hacen los rapazuelos con los muñecos. Hablaba con dulzura, sonriendo y mirándonos sin apariencia de curiosidad, cual si nos hubiese visto mucho antes. Jamás había salido de Marruecos: decía que habría visto con mucho gusto nuestros caminos de hierro y nuestros magníficos palacios, y sabía que en Italia había tres grandes ciudades llamadas Génova, Roma y Venecia. En tanto que estaba hablando, abrióse la puertecilla situada detrás de él, y asomó su linda cabezuela una mulatita de diez á doce años, que dirigió rápidamente en derredor una mirada entre curiosa y asustada y desapareció. Era una hija del gobernador y de una negra. Aquél lo advirtió y sonrióse. Á esto siguió un prolongado silencio. En el centro del aposento ardía el áloe en los pebeteros: delante de la puerta veíase un grupo de esclavos que nos contemplaban entre sorprendidos y admirados: detrás de éstos levantábanse algunas palmeras: más allá de las palmeras se extendía el azul transparente del cielo de África. De repente, y sin que sepa darme cuenta de ello, encontréme profundamente sorprendido de hallarme en aquel sitio, y pensé en mí mismo, sentado en mi gabinetillo de Turín, como si fuese otra persona. El gobernador, leván-



La hija del gobernador
Bu-Bekr-ben-el-Abbassi

tándose, me devolvió al sentimiento de la realidad. Estrechó la mano á los presentes, introdujo los pies en las babuchas, é inclinándose con ademán garboso, desapareció por la puercecilla.—Va á darle nuevas á su favorita,—dijo uno.—¡Quién pudiera escuchar lo que le pregunta!—pensé.—¿Cómo son? ¿Qué son? ¿De qué manera hablan? ¿Cómo visten? ¡Oh! deja, amor mío, que les vea un solo instante á través de las rendijas de la puerta y te colmaré de caricias.—Y probablemente el complaciente amante cedió, y la bella misteriosa, espíandonos atenta, exclamó á tiempo que salíamos:—¡Alá me proteja! ¡Qué horrendas fachas!

Al dirigirnos al campamento, que se había levantado á media milla de la casa del gobernador, sobre un altonazo cubierto de hierba seca, sentimos por vez primera las insinuantes caricias del sol, que á pesar de hallarnos á 8 de Mayo, hiciéronnos «apretar los dientes y arquear las cejas,» como dijo el Tadino de la plebe de Milán, en tiempo de la peste. ¡Y no estábamos de la costa del Mediterráneo á cien millas de distancia! ¡Y aún debíamos atravesar la dilatada llanura del Sebú!

El calor, sin embargo, no fué obstáculo para que el campamento de Karia-el-Abbassi se viera visitado, al caer el día, por alegre y desusada muchedumbre. De un lado una larga fila de árabes que, sentados en el suelo, contemplaban los juegos y carreras de los jinetes de la escolta: en el opuesto otros que jugaban á la pelota: más allá un grupo de mujeres envueltas en sus capuces no muy limpios, observándonos con estupor y gesticulando entre sí; y por todas partes chiquillos que corrían en todas direcciones. El pueblo de Ben-

el-Abbassi parecía en realidad menos salvaje que sus vecinos de el Garb.

Biseo y yo nos acercamos á los jugadores que, en cuanto se percataron de nosotros, suspendieron su diversión, continuándola al cabo de un rato que emplearon en consultarse unos á otros. Eran de quince á veinte, en su mayor parte jóvenes, buenos mozos y nervudos, sin más traje que una túnica ceñida á la cintura y una especie de manta de tela recia y sucia, que les envolvía el cuerpo á modo de jaique. Su modo de jugar era distinto del que había visto en Tánger, pues uno de ellos de un puntapié lanzaba la pelota al aire cuan alto podía, enquanto que los otros daban grandísimos saltos para alcanzarla al vuelo, y el que lo conseguía volvía á echarla del propio modo. Acontecía con frecuencia en aquel ir y venir, que cayéndose uno de los más robustos, arrastraba en la caída alguno de los otros, los cuales á su vez arrastraban á los demás, con lo cual se formaba un lío confuso y enmarañado, y en semejante situación continuaban rodando juntos y entrelazados una buena pieza, riendo estrepitosamente, sin acordarse poco ni mucho de lo que exponían al sol. Más de uno, en tanto que daba vueltas, dejó de manifiesto un puñal encorvado, ceñido á la cintura; otros una bolsita pendiente del cuello que probablemente contendría algún versículo del Corán apropiado para preservar de la tiña. En una de las veces que fué lanzada la pelota, antes de que pudieran cogerla, vino á caerse donde yo estaba, y como se me ocurriera una idea, púsela por obra cogiendo aquélla y colocándomela en la palma de la mano: después de haber hecho con la otra varias señales misteriosas á manera de nigromante, volvía á echar. Durante un rato ninguno de los jugadores osó cogerla: acercáronse, la miraron, tocáronla con el pie con